

Published by  
SLOVENE WRITERS'  
ASSOCIATION,  
SLOVENE P.E.N. and  
ASSOCIATION OF  
THE SLOVENE LITERARY  
TRANSLATORS

From 1962 published  
under the title of  
LE LIVRE SLOVÈNE

Editorial address:  
Ljubljana, Tomšičeva 12,  
Slovenia  
Telephone / Fax: 061 / 214 144  
Editor-in-chief: Jani VIRK  
Graphic design: Rajko VIDRIH  
Printed by:

Tiskarna Tone Tomšič  
© Copyright: SLOVENE  
WRITERS' ASSOCIATION,  
1993  
SLO ISSN 0459-6242

Tomo VIRK Prólogo: <i>La prosa corta eslovena de hoy</i> .....	9
Drago JANČAR <i>La mirada del ángel</i> .....	21
<i>Salto desde el Liburnia</i> .....	31
Lev DETELA <i>La última montaña</i> .....	43
Boštjan SELIŠKAR <i>Taxista</i> .....	55
Andrej BLATNIK <i>La voz de la madre</i> .....	67
<i>Las paredes húmedas</i> .....	71
Lela B. NJATIN <i>Ansiedad</i> .....	77
Igor BRATOŽ <i>Café do Brasil</i> .....	83
Milan KLEČ <i>Tamara</i> .....	89
Jani VIRK <i>La regala</i> .....	95
<i>La puerta</i> .....	107
Mart LENÁRDIČ <i>Mi mujer</i> .....	117
Drago BAJT <i>Bio/bibliografía</i> .....	123

Drago Jančar

## LA MIRADA DEL ÁNGEL

Sobre los picos de los pinos de Pohorje aúlla el viento como un lobo solitario y desgraciado. En intervalos irregulares se aleja y retumba en algún lugar del valle, como si la masa invisible golpeará una barrera invisible. Luego retorna y arremolina la nube de nieve entre los árboles, haciendo crujir y gemir los troncos alrededor del claro del bosque. La mirada del ángel desciende rápidamente, se demora en los picos curvados de los pinos, pasa como un filo a través de la móvil masa aérea, luego a través de las copas oscuras entre las ramas y, junto al tronco cubierto de nieve helada, baja. Abajo hay menos nieve, hay más oscuridad y silencio, al que sólo interrumpe la madera que gime, las tensas fibras, las raíces clavadas como garfios en la tierra. Ahora corre por tierra, con rapidez va eludiendo las siluetas oscuras de los árboles, se eleva sobre los arbustos cubiertos de nieve en el borde del claro. El viento arrastra sobre la pendiente del claro una neblina de nieve. Por encima se abre el campo visual; de aquel lado lo retiene la ladera de un alto monte que en la cima se pierde en la zona de nubes. Pegada al pie del monte nevado hay una casa de madera con nieve hasta las ventanas; a la izquierda hay otra construcción; no hay caminos por ningún lado. En el umbral, bajo el alero, hay dos siluetas humanas cubiertas

con piel de oveja. La silueta más menuda es de mujer, la robusta es de hombre; están inmóviles bajo el alero y miran hacia la ausencia de caminos frente a la casa. Detrás, en el lomo de la ladera, aúlla el viento como un lobo, va bramando a la colina donde retumba y desde donde el eco tronante regresa. La mujer mira hacia arriba, hacia el estrépito de la tormenta de nieve. El hombre se ha movido, hace un gesto con la mano, se inclina, mira a la mujer con mirada interrogadora, pegando sus ojos blancos y sus pupilas pequeñas al blanco rostro de ella, la mujer niega con la cabeza. El hombre robusto se endereza, vuelven a quedar parados, inmóviles. El ojo los observa tranquilamente desde un costado del bosque. Luego se mueve, lentamente se acerca cruzando la pendiente del claro y siguiendo una aguda línea recta a través de la tormenta derecho hacia ellos dos, algunos pasos antes se detiene, escucha latir el corazón de ambos, la agitación de la sangre caliente, la respiración rápida. Ahora se eleva, sube junto al ensombrecido y ancho rostro del hombre, junto a sus pequeños ojos con cejas y párpados recubiertos de nieve que no dejan de parpadear, hacia ella, observa las manchas en sus mejillas jóvenes y pálidas, sus labios morados, con la mirada toca la palpitante vena azul y fina de la sien. A través de la hendidura de la puerta entreabierta se desliza al vestíbulo oscuro y sigue avanzando. Avanzando hacia una habitación pequeña, sencilla y baja, donde la tenue luz de una vela tantea por los rincones oscuros. Donde hay un viejo acostado en una cama. Las manos huesudas sobre la frazada que le llega al cuello, una cara pálida y llena de arrugas, gotas de sudor en la frente. Sus ojos están cerrados, respira débilmente, a media voz exhala un gemido. La llama de la vela se estremece, las sombras empiezan a bailar sobre su rostro, de improviso abre los ojos. Anita, dice en voz baja, Anita.

Con mano temblorosa toma la taza que hay en la silla junto a la cama, trata de apoyarse sobre los codos, vuelca la taza, el líquido se derrama por el borde y lentamente gotea sobre el piso alabeado de madera. Cae de espaldas y con toda la fuerza exclama su nombre, el nombre de Anita que no oye, que está parada con el hombre robusto bajo el alero escuchando el retumbar del viento. El ojo permanece inmóvil en el rincón oscuro, bajo el crucifijo. El viejo mueve los labios, está articulando una palabra inaudible. Lentamente se vuelve sobre la cadera, da un resoplido, después ve que la brillante luminosidad llameó rápidamente por toda la habitación, la llama se inclinó, alguien está sacudiendo los pies junto a la puerta. La mujer entra con la piel de oveja en la mano. Se detiene junto a la cama y lo mira. Un largo rato se queda parada y deja que el tiempo corra. El viejo vuelve el cuerpo, de nuevo está acostado de espalda con los ojos fijos en el techo. *¿Con quién has estado?*, pregunta. *¿Con quién has estado?*, pregunta ella. *Con el Cretino*, dice el viejo. *El Cretino está en la majada*, dice Anita. *Bien*, dice el viejo, *no debe entrar en la casa*. Anita se acerca al lecho, le está arreglando la almohada, le cede el cálido brazo al que se aferran sus dedos fríos. Él la está mirando a la cara, sus ojos están agotados, esperanzados la miran a la cara. Su cara está cansada, sus ojos miran al vacío como antes miraban el remolinar de la nieve en el claro frente a la casa. La fina vena azul en la sien ya no le palpita. El ojo se desplaza del crucifijo a la cama, desciende entre sus caras, entre sus miradas, entre la agotada y la vacía. *Aquí hay alguien*, dice el viejo. *Quién podría ser*, dice Anita, *no hay nadie*. Ahora la mirada se introduce entre la hendidura fina de sus párpados, a las angostas pupilas y a los globos rojos que hay alrededor de ellas. Ahora el ojo observa desde el viejo; con sus ojos, ocupa su mirada. *Dios*, dice el viejo, *me duele detrás de la frente*. Ahora el ojo ve a través de un velo rojo

la mano de la mujer que se acerca, está morada por el frío, su piel áspera y fría le toca la frente, presiona, se demora. Un largo rato descansa allí, los ojos se cierran, en el cuerpo hay malestar, débiles latidos del corazón picotean la bóveda del cráneo.

Su mano fría, el cálido antebrazo, su cuerpo joven del que corre hacia él una corriente vital, una corriente invisible que todos los días, desde que se acostó, se está agotando impiadosa e invisiblemente. La mano se retira, ahora abre de nuevo los ojos, el lugar sigue siendo opacamente rojo, la llama de la vela se estremece tranquila. La espalda de ella al inclinarse junto al lecho, enjugando el líquido derramado. Luego su incomprensible movimiento por el lugar, ciertas cosas que va trayendo hacia la cama y las va poniendo sobre la silla al lado. Hace ruido junto a la estufa, apila la leña, un sonido metálico. Después se queda un largo rato sentada, mirando al piso frente a sí. Ahora reconoce movimientos conocidos, el murmullo de soltar el cabello y del lento, largo y persistente peinar. *Yo sé para quien te peinas el cabello*, dice de repente el viejo y de nuevo se levanta con los codos, y el espacio frente a los ojos se le mueve en todas las direcciones. *Para él, para el Cretino*. Los latidos del corazón se aceleran, si bien siguen siendo débiles. Ella no responde nada, con lentitud ata de nuevo el cabello. Gira la cabeza hacia él, él no ve sus ojos, un velo rojo envuelve la cara de ella. El viento hace estremecer repetidas veces la casa, brama, aúlla, corre por la ladera hacia arriba, desaparece. *Te voy a sacar sangre*, dice en voz baja, se levanta, sus ojos se cierran, escucha sus pasos que se alejan, caminan por el vestíbulo, luego se van acercando a la cama. Abre los ojos y con la mirada acompaña el recipiente abollado que ella pone sobre la silla. Le está desabrochando los botones, una mano despliega la ropa en su pecho, la otra toma del recipiente unos animalitos pequeños y los presiona contra su piel.

Las sanguijuelas se agitan entre sus dedos y se van convirtiendo en un contacto frío y escurridizo, un poco áspero. *Ahora te vas a dormir*, dice ella. *No quiero dormirte*, dice el viejo. *Al dormirte viene la pesadilla*. *Pesadilla*, dice, *pesadilla es el alma que abandona al hombre dormido y va asustando a otros mientras duermen*. La mirada sale corriendo a través de la angosta hendidura de los párpados entreabiertos del viejo hacia la opaca luminosidad roja que luego, de improviso, se desvanece. Lentamente se eleva hacia el techo y desde allí observa el asunto de las sanguijuelas. *Eso lo dices siempre antes de dormirte*. El ojo la observa desde el techo: cuánto tiempo se queda parada junto a la cama, esperando que él se retire al sueño. Una débil fuerza se escurre de su cuerpo, los párpados se le van cerrando; sólo cada tanto se vuelven a abrir, apareciendo debajo la blancura de los globos oculares. *La sangre sucia saldrá*, dice Anita. Sigue parada junto a él hasta que sus párpados se cierran y allí queda, en lugar de ojos, sólo una arruga apretada y hundida. Vierte agua en el recipiente, la pone a calentar y, mientras tanto, se va desvistiendo lentamente. Con los labios apretados observa su cuerpo, los pechos un poco caídos, las largas manchas que ha dejado en la piel la fricción de la ropa áspera, las manchas. Pone el recipiente en el suelo y, antes de ponerse en cuclillas sobre él, mira varias veces hacia la ventana. Los labios se mueven en un diálogo desconocido; de nuevo mira varias veces hacia la ventana y recorre con la vista la habitación. El viejo exhala en sueños un gemido, lanza un gemido como los árboles, abajo en las raíces, doblegados por el viento. Sus manos se extienden hacia el agua caliente y la llevan, como cucharas, a la entrepierna. Ella se lava con lentitud y atención mientras sus labios se siguen moviendo. Su mirada llega vagando hasta el crucifijo en el rincón y se detiene unos instantes en él, Dios lo ve todo, Dios lo sabe todo. En la iglesia,

abajo, en lo de San Lorenzo hay sobre el altar un dibujo de un resplandeciente ojo divino. Ahora está en la oscuridad de la fría iglesia; todos los caminos que llevan a ella están cubiertos por una gruesa capa de nieve. Ella lo sabe, pero igual se vuelve a estremecer y asustada mira hacia la pequeña ventana. Rápidamente se levanta, se seca con movimientos habituales, luego se sube la ropa interior y se sienta en la cama. Con dos dedos apaga la vela. Escucha el ulular del viento que de ningún modo amaina, y la débil y uniforme respiración del viejo en la habitación que a pesar de todo sigue en silencio. Ahora el ojo descansa en ella, se ha mudado dentro de ella, la mirada se dirige desde ella hacia la oscuridad, juntos están esperando algo que debe suceder. Oye bramar el viento; según ella, el viento brama como el mar que no ha visto nunca. Detrás de la ventana aparece el brillo de una luz débil. Anita se levanta y rápidamente se pone la piel de oveja sobre los hombros. En silencio abre la puerta y cruza el vestíbulo de puntillas. Bajo el alero está parado el hombre robusto con un candil en la mano. A sus espaldas el viento sibilante transporta los copos de nieve danzantes en la claridad de la luz tremulante. *Se ha dormido*, dice Anita. Él se da vuelta y regresa a través del viento y la nieve hacia la majada. Después de dar unos pasos se vuelve, ella sigue parada en el umbral. *¿Y?* dice él, ella gira la cabeza y mira hacia atrás, al vestíbulo oscuro, luego deja el umbral y va rápidamente tras él. La mirada sale de ella y sigue a ambos a través del rugiente mar de viento. Están sentados en el lecho de paja que hay junto a la pared, cubierto con una frazada peluda y con pieles de oveja. El ojo está en él, su mirar es agudo, los objetos son claros en el brillo de la luminosidad del candil, pero en los bordes son curvos. Los ojos del hombre robusto también ven la cara de ella un poco dilatada en el medio y en ambos lados contraída. En esta mirada ella es un animal joven y caliente sobre la

paja, en medio del olor a piel de oveja, a mierda de animal, a ovejas que en silencio se apretujan y se mueven levemente tras el bajo cerco. Una mano ruda se extiende hacia sus cabellos, pero su cabeza se agita, *ahora no*, dice. La sangre densa embiste las paredes de su cabeza, el oído le zumba por la tensión, por el esfuerzo de vencerse a sí mismo. *¿Por qué me llama Cretino?*, dice. Anita vuelve la cabeza hacia él. *Bah*, dice, *así lo han escrito para el servicio militar. Ponte contento*, dice. Él se queda callado un largo rato, huele la piel de ella que reconoce distintivamente en este lugar. Lleva la mano a la frente y un largo rato piensa con esfuerzo. *Por lo menos veinte días no va a venir nadie por acá*, dice bruscamente. Anita inclina la cabeza, *¿y qué? todos los inviernos es así*. Él levanta el candil hacia la cara de ella que se eleva con sus ojos vacíos. Ahora, ahora de repente algo se ha movido dentro de él. La cara de ella está aún más dilatada, de golpe aparece en él una decisión, la mirada se mueve por un instante, los animales tras el cerco empiezan a moverse inquietos. *¿Cuánto tiempo más?*, dice, *¿cuánto más?* Anita se retira hacia la pared, él se vuelve y con mano fuerte la atrae hacia sí, palpa bajo la pollera, de manera rapaz recoge entre los dedos gruesos la materia blanda. *En algún momento se despertará*, dice. *No se despertará*, dice Anita. *Le puse sanguijuelas en la piel*. Ahora se levanta y se precipita por el lugar, de tal modo que el campo visual se estremera en todas las direcciones, camina entre las ovejas que asustadas y en silencio se van retirando, castañetea con los dientes, regresa al lecho, se inclina justo hasta la cara de ella. *Dale más*, le exhala al rostro. Ella hace gestos con la cabeza, niega. *Dale más, más*. Toma aliento como después de hacer un gran esfuerzo. Está acostado en la cama y recoge un montón de paja bajo la cabeza. El viento brama por la pendiente hacia la cresta del monte. El ojo quiere ver de otra manera, se retira, rápidamente se

mueve por el lugar, los puntos de vista se van sustituyendo. Anita se levanta lentamente y se pone la piel de oveja sobre los hombros. Toma el candil y con dificultad empuja la puerta que la aérea masa del viento presiona desde la parte exterior. Afuera, las piernas se le hunden en la nieve hasta las rodillas, se mueve con lentitud, manteniendo el candil bajo la piel de oveja. El ojo inquieto va tras ella - ahora en su mirada el paisaje cercano también está concavamente doblado en los bordes - la sigue hasta la puerta y el vestíbulo, adonde el viento arroja una nube de nieve. Anita toma del anaquel, con mano tranquila, un recipiente negro, en el que se agitan los negros animalitos. La casa está a oscuras, el viejo respira débilmente, suavemente gime en sueños, las fuerzas se le van escurriendo, la sangre se le va escurriendo. Anita pone el candil en la silla junto a la cama, luego se le ocurre una idea, se vuelve hacia la habitación y con el pie vuelca el recipiente con el agua que había dejado en el suelo. El viejo se mueve en sueños, el alma del dormido, el alma del dormido. Anita descuelga el crucifijo, lo lleva a otro lugar y lo cubre con la piel de oveja. Vuelve rápidamente y resbala en el piso mojado, tambaleando llega a la cama, por un instante mira el pliegue que hay en el lugar donde deberían estar los ojos del viejo, los ojos de su viejo marido, los ojos que la vieron quinceañera frente a su casa y la trajeron a esta soledad en la montaña, sólo por un instante mira el pliegue apretado y hundido, luego empieza, con gestos bruscos y precisos, a colocar los animalitos negros por todo el cuerpo, espera que se le prendan en el pecho, en las manos huesudas, en la frente y en los labios. La mirada perdida del ángel oscuro se golpea brutalmente por el lugar, lo ve todo, lo sabe todo, lo siente todo, las tres miradas que ha asumido, las tres almas, los tres cuerpos, todo el lugar al que se había dirigido desde su lejanía, al que había sido llamado. Ve y siente el estertor del viejo,

sus ojos que se abren y miran sorprendidos, a través de la opacidad rojo sangre, el tiempo que se escurre y luego parpadean con el naciente sopor que se vuelve cada vez más profundo; el cuerpo febril de ella, el enfermizo vacío en la cabeza y en el cuerpo, y el grave, cargado, hinchado cuerpo del hombre que se revuelca en su majada, que se golpea contra la pared, camina entre los animales confundidos y calientes, se levanta, se acuesta, mira con asombro los objetos alrededor de sí, que ya no están sólo dilatados en el centro y curvos en los costados, sino que están torcidos, envueltos en un círculo danzante. Anita se incorpora, sus brazos caen al cuerpo. Está parada, mira hacia la pared y en la menguante luminosidad escucha la respiración cada vez más débil. El viento que retumba lejos por el valle. El hombre en la majada se acuesta y se cubre con la piel de oveja, tapándose la cabeza. El ojo se retira al rincón, al lugar donde estaba colgado el crucifijo. Se demora un tiempo y observa, lejos alrededor suyo, el espacio inmóvil. Luego, su mirada se traslada lentamente hacia la puerta y hacia afuera, hacia la tempestuosa noche invernal. A través del arremolinado velo blanco de la nieve se mueve poco a poco hacia un costado del bosque. Allí se detiene y una vez más mira la casa al fondo del claro del bosque, cubierta de nieve, pegada a la ladera de un gran monte. Entre los troncos, donde hay casi silencio y sólo un poco de viento, se sumerge lentamente en el bosque, junto a un árbol asciende rápidamente a través de la copa oscura y mira por sobre la punta de los pinos que doblega el viento. Brama como el mar y en oleadas se lanza su retumbar por la ladera del monte al valle. Allí, la ola invisible retumba como si se estrellara contra un cerco invisible. Por un instante la mirada se detiene en la oscuridad sobre el bosque de Pohorje, arriba, sobre San Lorenzo, donde está encerrado sobre el altar, en la fría y oscura iglesia, el ojo resplandeciente de Dios. El gemido de las fibras

sustancias de la madera, el aferrarse de las raíces como garfios, la arremolinada nube de nieve que es arrastrada hacia lo alto. Y una mirada más a las dos cabañas, lejos abajo. Luego se lanza rápidamente con la ola por la ladera hacia abajo, hacia el valle.

*Traducción de  
Pavel Fajdiga*

Drago Jančar

## SALTO DESDE EL LIBURNIA

- Salta. Estaba parado más o menos a un metro del borde. La superficie oscura del fondo se movía con rapidez. Estaba parado más o menos a un metro del borde en un costado del barco, con una mano estaba agarrado de la baranda a sus espaldas, contemplaba la masa acuosa que rápidamente pasaba corriendo, el otro brazo se balanceó y tras él se inclinó un poco el cuerpo. Salta, dijo ella.

Era de noche; arriba, la concha del cielo cerrada por las nubes; abajo, la masa oscura. Quizás ondulaba suavemente, quizás se movía en los flancos del barco como si fuera la espalda de algún gran animal. En el aire había olor a humo que se arrastraba desde el ancho, chimenesco hocico, que estaba por encima de ellos dos. No había viento, pero el humo igual era presionado para abajo, de modo que, de tanto en tanto, lo sentía con agudeza en la nariz, mezclado con el olor del agua, quizás con el olor de la sal. Salta, dijo ella y su voz tranquila e indiferente partió por el medio su cuerpo y se sentó en la boca del estómago. Sentía que ahora sí, algo lo arrastraba para abajo, hacia la profundidad. La sensación apareció un instante antes, quizás un minuto antes, un minuto, antes de haber saltado la baranda y de haber dado un paso más allá de ella, hacia el oscuro y diligente